

Leer el poema: problemas metodológicos en el análisis de la poesía argentina del siglo XXI

BOGADO, Fernando / UBA - CONICET - fernandobogado@outlook.com

Eje: - /Mesa: Para decir cuerpo. La poesía argentina en el siglo XXI. Tipo de trabajo: ponencia

» Palabras claves: estructuralismo – poesía del siglo XXI – retórica – poética – poesía argentina

» Resumen

La producción poética nacional del siglo XXI carga encima con una serie de acercamientos de relativo rigor académico que provienen de disciplinas que toman al objeto artístico como epifenómeno de otros objetos. Así, estudios de valor sociológico, ya sea por su adscripción a la sociología de la cultura como por su jerga propia de la historia de la edición o de la escritura, leen este momento de la poesía como un síntoma histórico antes que como lo que estrictamente es: literatura. La problemática que se le presenta a la crítica y a la teoría argentina contemporánea es la de poder acercarse a esos objetos con herramientas metodológicas propias que le darían status literario a estas producciones, en lugar de recurrir a un léxico que ya categoriza a tal o cual poema como heterónimo, digamos, determinado por un elemento exterior.

En el presente trabajo, nos proponemos reflexionar en torno a algunos usos teóricos a la hora de abordar a la poesía con el fin de distinguir variaciones históricas y problemas metodológicos. El problema central será la posibilidad de un abordaje immanente del objeto en lugar de caer en un estudio comparativo o sociológico, dejando en suspenso la siguiente pregunta: ¿es posible una metodología immanente en nuestros tiempos, alejada de cualquier noción historicista o subjetivista? ¿Cuáles deberían ser sus características? ¿Qué relevancia tiene la retórica y la poética en este tipo de lectura?

» Cuestión de método

A la hora de abordar la poesía como corpus en la constitución de un objeto, varias son las complicaciones que se presentan a la mirada crítica y teórica, complicaciones que atañen tanto a la metodología como al valor epistemológico que se le da a determinados momentos del siempre fragmentario y elusivo objeto de estudio. Varias producciones contemporáneas que vuelcan su interés en la poesía argentina del siglo XXI suelen leer esas producciones como síntomas de funcionamientos sociales que desbordan el límite de lo literario: desde la idea de nuevos consumos culturales hasta las propuestas de emergencias editoriales, modos de la modernidad o, inclusive, disolución del límite entre la literatura y la vida; las lecturas abundan y todas ellas proponen a lo literario como un problema o superado o puesto en una lenta degradación. Este tipo de discusión ocupa a todos los estudios literarios en su generalidad: ¿cuál es la especificidad de tal o cual objeto para que todavía sea pertinente el estudio proveniente del campo de las Letras? ¿Qué tipo de metodología sería privilegiada para este espacio del saber que ninguna otra disciplina puede proveer?

Diversos trabajos ponen en relieve estas problemáticas para disponer una discusión que se centra en el lugar de la teoría en relación a una serie de conceptos que aparecen como clausurados, distantes, diferenciados o propios de una moda científica avejentada. *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*, del Dr. Marcelo Topuzian, por ejemplo, analiza la problemática del concepto autor en el campo de la French Theory, ese Jano que tiene un rostro en cada continente y en sus respectivas escuelas: de un lado Francia, del otro, Estados Unidos. Es en esa “moda” científica en donde se registra, entre el pasaje del estructuralismo al

posestructuralismo y, luego, a los estudios culturales y el comparatismo, los cambios de la noción “autor” y su importancia para eso que llamamos teoría. Si nos atenemos a ese diagnóstico, lo que tenemos es un regreso de la categoría de “autor” bajo una fuerte impronta histórico-subjetivista, tal como se ve en los estudios culturales, en donde un cúmulo de experiencias históricas quedan retratadas en diversas producciones artísticas, volviendo de algún modo a la lógica mimético-representativa que antes pareció superada. La pregunta que deja la conclusión del libro de Topuzian se vuelve ahora determinante: ¿cómo escribir teoría (y, nos permitimos una extensión, crítica) sin caer en los planteos histórico-subjetivistas de ese enfoque?

Partiendo de las preguntas dispuestas en el primer párrafo y retomando el diagnóstico y los cuestionamientos del segundo, el siguiente trabajo funcionará como un breve repaso, casi a modo de estado de la cuestión, de un conjunto de tendencias metodológicas de cierta relevancia para los estudios de poesía, el reconocimiento de sus límites y el planteo preguntas claves para pensar una metodología acorde al nuevo corpus de poesía y a posibles objetos de estudio. Centramos nuestra atención en las modificaciones que el estructuralismo impuso como una suerte de antes y después en los estudios literarios y de los problemas que tal tendencia dejan en la teoría y el análisis de poesía.

› **Retórica y lógica: de la estilística al estructuralismo**

La influencia del estructuralismo en las Humanidades a lo largo de la segunda mitad del siglo XX es uno de esos hitos insoslayables no sólo en lo que a cuestiones estrictamente académicas se refiere. A partir de una serie de presupuestos centrales, sentó las bases para el estudio de diversas producciones siempre tomándolas en cuenta como un “lenguaje” particular que, además de proponer una cantidad acotada de reglas de funcionamiento sincrónicas (para el momento “lengua” de su objeto), también dispuso una serie de reglas “suaves”, digamos, no tan estrictas, de orden casi heurístico, que servían para entender los usos diacrónicos (el momento “habla” del objeto). Esa hegemonía estructuralista sentó también las bases de lo que operaba como su contrario, la tendencia epistemológica y metodológica que venía a desplazar: para ponerlo en términos kuhnianos, el paradigma anterior. Mientras que el estructuralismo bogó siempre por un acercamiento lógico-simbólico a sus objetos, se separó del enfoque retórico-estilístico, recuperando algunas unidades de esa lectura pero disponiéndolas en un orden nuevo, diferente, que buscaba mantener reglas sincrónicas que permitían entender el sistema. A su vez, transformó la idea de lo “bien dicho” que en algún sentido persistía en los enfoques retóricos para reemplazarla por la idea de la “literariedad”, esencia que surgía del reacomodamiento de procedimientos y distinguían una producción discursiva de otra. Si bien tomamos al estructuralismo como un paradigma determinante en esta caída de los estudios retóricos, sus propios representantes, a la hora de establecer y estudiar la historia de ese cambio, lo detectan como algo ya dado en el siglo XIX y anunciado en el surgimiento del racionalismo. La paulatina desaparición de la retórica, estrictamente, se anuncia en la centralidad del “estilo” como una cosa individual, ya no sometida a lo social (en el mismo sentido en que se podía educar a alguien en un estilo expresivo que funcione en un horizonte social: la persuasión no es otra cosa que esto), sino transformada en un problema de lo individual, de lo absolutamente personal, de lo “distintivo”. Leemos en *El grado cero de la escritura* de Roland Barthes:

La lengua está más acá de la Literatura. El estilo casi más allá: imágenes, elocución, léxico nacen del cuerpo y del pasado del escritor y poco a poco se transforman en los automatismos de su arte. Así, bajo el nombre de estilo, se forma un lenguaje autárquico que se hunde en la mitología personal y secreta del autor, en esa hipofísica de la palabra donde se forma la primera pareja de las palabras y las cosas [...] Sus referencias se hallan en el nivel de una biología o de un pasado, no de una Historia: es la “cosa” del escritor, su esplendor y su prisión, su soledad. (Barthes, 1999: 18-19)

¿Qué pasa con la retórica “tradicional” frente a este panorama de independización e internalización subjetiva del estilo? Habiendo perdido su vínculo con lo social-práctico, las figuras retóricas –yo no aplicadas a un estilo por la aparición de una escritura no-figurativa- pasan a convertirse en una abstracción lógica que trata de

sistematizarse. Algunas prácticas de comunicación social, en la medida en que no establecen una diferencia tajante entre una teoría posible de estudiar y una práctica entendida como “persuasiva”, se convierten en un nuevo terreno de los estudios retóricos, como sucede con la publicidad, pero es apenas una excepción a una lógica de autonomización imperante que encuentra su mejor ejemplo en la escritura literaria.

“De toda la retórica”, agrega Barthes a este panorama, “Jakobson ha retenido dos figuras, la metáfora y la metonimia, para hacer de ellas el emblema de los dos ejes del lenguaje” (1970: 40). Y es que, sin lugar a dudas, los trabajos de Roman Jakobson en poética son más que elocuentes en lo que se refiere a la autonomía de la escritura literaria y la lengua y los métodos de este tipo de acercamiento crítico-teórico a la poesía. Un poema en particular opera como un sistema cerrado en sí mismo en donde cada elemento encuentra a su doble dentro del mismo espacio del poema y tiende a un equilibrio que se modifica a partir de los mismos elementos y de la sensación de movimiento y cambio que esos elementos parecen sugerir, así como, en el uso de la perspectiva en pintura, se puede representar lo tridimensional en un espacio plano. Vale como ejemplo el análisis que realiza de algunos poemas de Baudelaire¹. Leemos en el artículo “Les Chats’ de Baudelaire”:

Hasta el presente, el poema se nos ha aparecido como formado por sistemas de equivalencias que se encajonan unos en otros y que en conjunto adoptan el aire de un sistema cerrado. Nos falta considerar el último aspecto, en virtud del cual el poema aparece como sistema abierto, en progresión dinámica desde el principio hasta el final. (Jakobson, 1977: 174)

La única dinámica posible en el “sistema” del poema “Les chats” de Baudelaire es la relación interna entre metáfora y metonimia, siendo esta última la clave no sólo de cualquier efecto de movimiento, sino también la figura central para poder estudiar lógicas narrativas. Lo que se reconoce en el poema es el estatismo de lo cerrado y sistemático: ya no hay “dinámica” salvo que se la tenga en cuenta como mero epifenómeno de un rasgo distintivo de ese sistema. El “fantasma” dinámico es el resultado del vínculo perdido entre retórica y uso, ya que la retórica se confunde con la poética y se convierte en un mero conjunto de procedimientos que pueden reconocerse en el análisis literario, no en esa práctica volcada a un uso probable.

Las consecuencias del enfoque estructuralista con respecto a la particularidad del poema son claras: o se tiende a la generalidad de la estructura, o, por un efecto de reducción, se presenta al poema como el resultado de un estilo absolutamente individual. Esto no quiere decir volver a lo subjetivo, sino proponer una micro-estructura como espejo de una macro-estructura: cada poema es un sistema cerrado en sí mismo que debe analizarse en su totalidad, sin salir de él. Es escapar del sujeto “por abajo” en lugar de superarlo “por arriba”. Y “sujeto”, “individual”, y “particular” deben entenderse como términos intercambiables que redundan en lo “específico”, otra palabra más propia de la lógica de la estructura.

Tzvetan Todorov, en su *Poética*, determina muy bien el nuevo sentido del término “retórica” bajo la lupa de la hegemonía estructuralista de los ’60-’70 y de la centralidad del concepto de “signo” como nombre clave para poder vincular todas estas disciplinas. Leemos en *Poética*:

Ahora bien, así como la poética no es la única que toma como objeto a la literatura, la lingüística (al menos tal como actualmente existe) tampoco es la única ciencia del lenguaje. su

1 El autor y los poemas elegidos no son inocentes. Se replica en esa elección la contienda entre simbolistas y futuristas-formalistas dada en Rusia a mediados de la década del ’10. Además, el objetivo sigue siendo romper la perspectiva que indica que la capacidad representativa del poema ubicaba como único referente ese mundo ideal cuasi-platónico que el poema (y la teoría de las) “Correspondances” postulaba. Tanto para el formalismo como para el estructuralismo el referente es sólo un efecto de lenguaje, ya que lo único que la lengua tiene como contrapartida es, a lo sumo, una metalengua, no un “más allá” trascendente.

objeto está constituido por un cierto tipo de estructuras lingüísticas (fonológicas, gramaticales, semánticas), con exclusión de otras, que se estudiarán en antropología, en psicoanálisis o en “filosofía del lenguaje”. Por consiguiente, la poética podrá encontrar ayuda en cada una de estas ciencias, en la medida en que el lenguaje forme parte de su objeto. Sus parientes más cercanas serán las otras disciplinas que estudian el discurso y el conjunto formará el campo de la retórica, entendida en el sentido más amplio como ciencia general de los discursos. (Todorov, 1975: 25)

La retórica obtiene el suficiente grado de generalidad y capacidad de abstracción como para convertirse en una “*ciencia general de los discursos*”. La poética sería, en este mapa epistemológico, apenas una ciencia más en donde estaría ubicada la literatura (y ni siquiera, en exclusividad, la poesía: “*La palabra Poética se referirá en este texto a toda la literatura, sea o no versificada; incluso casi se tratará exclusivamente de obras en prosa*” (Todorov, 1975: 20)). La poesía es apenas el resultado de la generalidad de “los poemas”, configurando cada uno un sistema particular que debe ser analizado de manera inmanente. Pero, ¿qué pasa con el ocaso del estructuralismo y las metodologías de estudio de poesía que habían pugnado por colocar como las auténticamente científicas?

› **Destinos de las figuras retóricas: del posestructuralismo a los estudios culturales**

Este desplazamiento de la retórica por la lectura lógica del estructuralismo puso en suspenso las posibilidades del estudio de las figuras retóricas no solo en poesía, sino también en todo otro estudio literario, puesto ahora a leer repeticiones y organizarlas en un sistema cerrado de dos polos: el metafórico y el metonómico. Sin embargo, diversas corrientes filosóficas han vuelto sobre ella para utilizarla como un nuevo arsenal de conceptos. El caso más significativo es el actual sentido de “retórica” que aparece en el léxico de la filosofía política. Leemos en la conclusión de “Política de la retórica” de Ernesto Laclau:

La contribución de Paul de Man a esta tarea (la de los estudios políticos de las construcciones ideológicas, FB) no reside en nada que él tenga que decir acerca de política (...) sino en dos logros principales. El primero es haber extendido el campo de la retórica –o más bien, de la retoricidad- al conjunto del lenguaje, haber hecho de la retórica una dimensión constitutiva del lenguaje como tal. El segundo es haber deconstruido los tropoi (sic) dominantes de la tradición romántica –tales como el símbolo y la metáfora- mostrando que todo efecto totalizante se funda en una infraestructura contingente de tropoi (sic) más humildes . he intentado en este ensayo mostrar la importancia potencial de ambos logros para la elaboración de una teoría de la hegemonía. (Laclau 2014: 125)

Reemplazar “retórica” por “retoricidad” es darle un carácter esencialista a este tipo de análisis que busca imponer una generalidad teórica que se aleje aún más de la práctica, entendido que los casos puntuales, históricamente acaecidos que Laclau cita en sus trabajos no son otra cosa que la puesta en práctica de esa estructura virtual. Digamos, confirman la regla, no son hechos individuales, importan menos que la estructura, así como la “poética” llegaba al punto paradójico de desentenderse del “poema” (tal como vimos en la cita de Todorov). La retórica expandida en “retoricidad” en otras disciplinas ilumina, por contraste, lo que ya vimos como determinante en los estudios literarios y estrictamente poéticos. La estructura por sobre el caso puntual, el discurso general por sobre el crítico-particular y la postulación del poema como sistema, metáfora científicista que clausura todo el sentido que la retórica y la estilística poseía en otros siglos.

¿Qué tipo de consecuencias han tenido estas lecturas lógicas que llegaban al punto de plantear una suerte de omnipotencia de la estructura por sobre el caso particular? Podemos entender esta paulatina generalización de sus conclusiones y de su metodología –digamos, en su manera de leer las particularidades y de alzarlas como ejemplos de estructuras regulares/generales- como un momento más de este rechazo de lo subjetivo y sus metáforas, entendiendo que ese “subjetivismo” también se deja ver en los enfoques individualistas o particularistas. Como bien ha analizado Marcelo Topuzian en su trabajo *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*, “el primer estructuralismo, a partir de sus propias necesidades teóricas, no había hecho más que convertir en un único absoluto totalizante, para erradicarlos, los diversos problemas y puntos de vista que implica la subjetividad” (2014: 257). La respuesta en bloque que se ha dado a este tipo de acercamiento teórico desde finales del siglo XX en adelante ha sido un “retorno al autor” a través de sus muy diversas metáforas, cosa que podemos encontrar en lo que corresponde a los estudios de poesía a través de la centralidad de conceptos como “experiencia”, “afecto” o “forma de vida” para tratar de analizar una producción particular. Siempre, de una u otra manera, se trata de reinstalar de la manera más sutil posible el vínculo de un poema con el contexto de su producción, con la biografía del autor o con una teorización acerca del estado de la experiencia subjetiva en tal o cual momento en particular, lo cual convierte al análisis literario en un mero resumen de circunstancias históricas que pierde su especificidad.

Si bien nuestra pregunta puntual es por las metodologías hoy en día disponibles para el estudio de poesía, es cierto que nuestras observaciones atañen a todo tipo de análisis literario en general. Pero no tanto en la prosa como en la poesía se ha visto este intento de volver a vincular lo que el estructuralismo había dado por cerrado, sin que por ello esa estrategia signifique un regreso a la retórica “clásica” como un modo de entender la orientación hacia lo práctico de los estudios literarios. La retórica sigue siendo, por estos días, espacio de trabajo de otro tipo de disciplinas mucho más “filosóficas”, y los estudios de poesía (a los cuales, por prudencia, no llamamos “poética”) quedan como comentarios generales, eclécticos o pseudo-filosóficos que no llegan a ningún tipo de conclusión específica de su saber.

› **Conclusión: el poema como pregunta**

El eclecticismo teórico y la inespecificidad de las categorías y herramientas de aquellos que se dedican a estudiar la literatura (...) (son) otra muestra de la intrascendencia de los recientes conflictos institucionales de la crítica cuando se trata realmente de pensar qué hacemos efectivamente cuando analizamos críticamente los fenómenos literarios y culturales.
(Topuzian, 2014: 379)

La articulación entre la generalidad de la teoría y la particularidad de la crítica siempre, en cada momento, tiende a una puesta en el lugar central a un extremo y otro, alternativamente, configurando así una especie de vaivén histórico en el que se mueven los estudios literarios. Si el estructuralismo (y ciertas variantes del posestructuralismo) considera la preeminencia de los conceptos generales y de las estructuras formales por sobre el caso concreto, los modos de los estudios culturales o de, inclusive, las variantes “filosóficas” de los estudios literarios, ponen lo absolutamente particular en el centro de la escena, desentendiéndose de cualquier tipo de generalidad. A la hora de tomar la producción poética argentina del siglo XXI, el peligro de la cercanía de los sujetos empíricos y de los modos de circulación de su producción pueden hacer perder de vista la búsqueda de un discurso propio por parte de la crítica, pero eso no significa caer en el extremo opuesto, en donde se niega la posibilidad de un estudio literario de estas producciones en la medida en que no existe la distancia suficiente como para hacer proposiciones generales. Muy por el contrario, por más que este trabajo avance en la pregunta pero no en su respuesta, es esa poesía la que debe invitar a una renovación de los estudios literarios, volcada a reconocer corrientes (tal como lo hemos hecho de manera muy sucinta en estas páginas) y viendo las limitaciones de esos acercamientos. ¿Qué tipo de conceptos nos pueden servir para poder subsanar estos problemas epistemológicos y avanzar en la construcción de una metodología? Si el acercamiento crítico crea conceptos: ¿cuáles son los que este momento de la literatura necesita? ¿De qué manera entender la relación entre lo general y lo particular? ¿Qué lugar tiene la retórica y la poética en estos estudios? ¿Cuáles son los límites con el acercamiento de otras disciplinas? Interrogantes que se suman, como en uno de los poemas de Luy, a una conclusión parcial pero no por eso menos cautivadora:

- Empiezo por la más obvia: ¿qué es poesía?

- En teoría, la única ciencia que se ocupa del problema. – (Luy, 2009: 38)

Bibliografía

Barthes, R. (1999). El grado cero de la escritura seguido de Nueve ensayos críticos. México: Siglo XXI.

Barthes, R. (1970). "La antigua retórica" en: Investigaciones retóricas I. La antigua retórica. Ayudamemoria. Tr. Beatriz Dorriots. Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires.

Jakobson, R. (2006). Ensayos de poética. Tr. Juan Almela. México: FCE.

Laclau, E. (2014). "Política de la retórica" en: Los fundamentos retóricos de la sociedad. Buenos Aires: FCE.

Luy, V. (2009). Poesía popular argentina. Buenos Aires: CILC.

Todorov, T. (1975). Poética. Tr. Ricardo Pochter. Buenos Aires: Losada.

Topuzian, M. (2014). Muerte y resurrección del autor (1963-2005). Santa Fe: UNL.